

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Las ciudades y sus entornos en el contexto latinoamericano.

Damian Paikin.

Cita:

Damian Paikin (2011). *Las ciudades y sus entornos en el contexto latinoamericano. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/105>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IX Jornadas de sociología

Capitalismo del siglo XXI, crisis y reconfiguraciones

Luces y sombras en América Latina

8 al 12 de agosto de 2011

Mesa Temática 10

Ciudad, conflicto y derecho al espacio urbano

LAS CIUDADES Y SUS ENTORNOS EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

Dr. Damián Paikin
CEUR-CONICET
dpaikin@yahoo.com

Resumen

En un tiempo donde la identidad del Estado- Nación comienza a hacerse más difusa, desmembrada por las fuerzas de la globalización por un lado y el localismo, por el otro, el análisis de las ciudades como espacios culturales de creación de identidades y de modos de ver y proyectar el mundo reaparece como un campo central de interés.

De hecho, como afirma Beck (1998), “global significa en muchos lugares a la vez, o sea, trans- local”. De allí el nacimiento del término “glocalización” que busca, en palabras de Pousadela (2001) “integrar el hecho de la afirmación de lo local como elemento inherente al proceso de globalización [...] o en otras palabras, que el resurgimiento de la comunidad no es lo opuesto a la globalización, sino que, bien por el contrario, parece ser una de sus inevitables consecuencias”.

América Latina, y particularmente América del Sur, no es la excepción a este fenómeno. Inmersa en un proceso de integración política y económica, las ciudades resaltan como los ejes del movimiento sobre las que se articula todo el proceso.

Por caso, invariablemente el MERCOSUR es referido como el eje Buenos Aires – San Pablo, aún cuando la mayor parte de la producción que se comercia, sobre todo desde la Argentina, es de origen rural. También a nivel político y cultural, la red de MERCOCIUDADES ha ido tomando más preeminencia como un entramado de realidades diferentes pero concientes de su lugar en la construcción de una integración real. En definitiva, el rol de las ciudades como constructoras de sentido está presente y es una referencia ineludible en la realidad cotidiana de la América del Sur del siglo XXI.

Ahora bien, frente a esta realidad de preeminencia de las ciudades aparece la pregunta. ¿Por qué en un mar de naturaleza interminable las ciudades se convirtieron en la referencia obligada de la identidad? ¿Cuáles fueron los atributos que sus fundadores pusieron en ellas, y sus habitantes desarrollaron

más tarde, como para que las metrópolis se convirtieran en una gran referencia cultural? ¿Lograron ellas mismas convertir en realidad el proyecto que pregonaban o no?

Justamente, este trabajo intentará dar respuesta a estos interrogantes remontándose al origen mismo de las ciudades en América Latina, es decir a partir del análisis del sentido que se les dio desde la visión de las potencias coloniales: España y Portugal, para luego analizar en detalle dos casos emblemáticos del Sur de las Américas: Buenos Aires y Brasilia. Capitales de los dos países más importantes del Sub-Continente, surgen en periodos históricos totalmente opuestos y, sin embargo, con puntos de contacto muy interesantes. Para el final, las conclusiones buscarán armonizar lo anteriormente expuesto haciendo eje en las respuestas encontradas sobre el lugar que los hombres le han querido asignar a sus ciudades y los cambios que estas han sufrido en su modo de reconocerse y su relación con su entorno, a lo largo del tiempo.

Palabras clave: Identidad- Mercociudades- Buenos Aires- Brasilia

Dos modelos en pugna. *Las ciudades misioneras españolas vs. las ciudades factorías portuguesas.*

Aunque contemporáneos en su llegada a América del Sur, el modelo imperial español y portugués tenían en su raíz fuertes diferencias que quedaron claramente plasmadas en el rol que cada uno de estos Estados le asignó a las ciudades nacidas y fundadas en el nuevo continente.

Tomando en primer lugar al imperio lusitano se puede decir que los portugueses vieron en América una fuente de riquezas que pudiera enriquecer y embellecer su país. En este sentido, la idea de fundar un lugar desde donde partieran estas mercancías hacia Europa fue una de sus principales premisas. Así, conceptualmente, hasta principios del siglo XIX cuando el emperador portugués Juan VI mudo su corona a Brasil escapando de las huestes napoleónicas, las ciudades portuguesas se desarrollaron como simples factorías que daban pasó a la riqueza (azúcar, tabaco y algodón) que se embarcaba hacia Europa, mientras la conformación del Brasil colonial, tanto cultural como ideológicamente, quedaba en manos de los grandes señores de la tierra (*fazendheiros*), quienes organizaban desde sus unidades productivas la vida política y social del territorio (Romero, 2001). Es decir, que las ciudades portuguesas fundadas en América no eran, a la vez que centros administrativos, creadoras de sociedades.

De hecho, la migración portuguesa al Brasil estaba conformada casi en su totalidad por hombres solos que entraban en relación con mujeres nativas o esclavas, mientras sus familias permanecían en Portugal, como signo claro que no había en ellos la idea de asentarse en el nuevo territorio, sino de explotar sus riquezas durante un periodo de tiempo, y luego regresar a Europa.

Esta realidad extractiva fue plasmada materialmente en la creación de numerosas ciudades puertos (desde Sao Luís Maranhao al norte hasta Laguna al Sur en el Estado de Santa Catarina, pasando por Bahía y Río de Janeiro) mientras el interior del continente quedaba vacío, casi inexpugnado, reflejando la falta de interés de los portugueses en el dominio efectivo del territorio y en la transformación de las colonias en una réplica de su tierra europea. Más bien lo pensaban diferente para poder comerciar antes que igualar a Portugal y convertirlo en un lugar donde vivir.

Justamente tan intrínsecamente vinculado al dominio portugués estaba esta dinámica territorial-extractiva costera que el primer movimiento independentista brasileiro, *los Incofidentes Mineiros* de 1789, impulsó como una de sus principales reivindicaciones el traslado de la capital a las sierras del interior, a Minas Gerais, para lograr el desarrollo de la "nacionalidad", de lo propio (lo interno) frente a lo lusitano (la costa).

Aunque el movimiento fracasó, un siglo después cuando finalmente se declaró la independencia, el tema del traslado de la capital al interior del país quedó plasmado como necesidad en la mismísima Constitución Nacional como símbolo de la necesidad de cortar con el pasado colonial y dar origen a una nueva identidad autóctona (Tarlei de Aragao). Desde esta visión, el interior atrasado sólo cobraría vida con la creación de una entidad nueva, una ciudad que explicitara los valores de progreso y unidad que el imperio portugués le había negado al Brasil. Y, como veremos más adelante, aunque casi un siglo después Brasilia vino justamente a cumplir ese objetivo.

Por el lado español la realidad era muy distinta. Como plantea Romero (2001) "Si en Brasil predominó durante cierto tiempo la sociedad eminentemente rural, en el área hispánica la nueva sociedad fue, desde un principio, un conjunto de sociedades urbanas". Es decir que desde el comienzo España imaginó su dominio colonial a partir de la creación de una red de ciudades cuya misión, más allá del enriquecimiento, era la consolidación de un nuevo mundo, de una nueva sociedad en el territorio conquistado. Los colonizadores hispanos no sólo querían extraer ganancias y comerciar, también querían transformar de raíz el nuevo mundo llevando como principal premisa la fe cristiana.

Al fundarse una ciudad, se fundaba a la vez una nueva sociedad compacta y militante "implantada" allí para imponerse sobre su naturaleza circundante, para incorporarla dentro del "espacio cultural" del reino. Así como los griegos o los romanos al fundar sus ciudades en los territorios conquistados buscaban recrear pequeñas Romas o Atenas donde el viajero se sintiera como en casa, pero también desde donde irradiar sus valores a los pueblos dominados, como una forma sutil de aculturación, los españoles intentaron recrear en América las condiciones de su tierra natal. No es de extrañar entonces dentro de esta lógica que muchos de los sitios conquistados tomaran el nombre de "Nueva" España, por ejemplo, como en el caso de México, o "Nueva" Granada, a diferencia de lo ocurrido en los territorios portugueses donde la idea de crear una "Nueva" Lisboa, por caso, estaba muy lejos de su ideal.

Esta idea de la "ciudad ideológica" se basaba en la necesidad de estructurar un sistema que impidiera las rebeliones y, sobre todo, las fracturas sociales producidas por el mestizaje. Así, las nuevas sociedades que se estructuraban nacían a partir de familias y no ya de hombres solos como el caso portugués, y poco a poco se iban entremezclando con el entorno, siempre desde un lugar de superioridad y de dominación. El objetivo final era la "integración en la dominación", es decir hacerlos parte del imperio pero como sometidos y nunca como iguales.

Esta idea se extendió no sólo al vínculo con los aborígenes sino también con la naturaleza a la que se veía como amenazante y peligrosa antes que como fuente de recursos y libertad. Dado que cualquier intromisión del foráneo podía romper el equilibrio y la homogeneidad de estas comunidades, la idea de las ciudades de frontera, amuralladas ante los peligros del más allá, se mantuvo en el imaginario de estas sociedades compactas durante muchos años, siendo trasladada como veremos más adelante al imaginario que dio vida a la ciudad de Buenos Aires de finales del siglo XIX.

Lamentablemente para los planificadores españoles, las ciudades modelos pronto descubrieron que además de la misión asignada por la corona, la realidad les asignaba otras funciones (puertos, reductos militares, etc.) que las diferenciaban y que creaban en cada lugar sus propios intereses, que al contacto con el avance del mercantilismo del siglo XVIII y XIX, finalmente estallaron en forma de rebeliones independentistas.

Tras la salida de España, sin embargo, la idea de la misión de las ciudades no se perdió. Y si antes era defender la gloria de España, ahora era luchar por la independencia como fue el caso de Buenos Aires, quien se erigió en una de las abanderadas de las luchas anti-españolas, extendiendo sus combates incluso en territorios alejados como el Perú.

Así, más allá de las diferencias, la idea de la “ciudad ideológica” se mantuvo viva durante muchos años, derramando alguna de sus enseñanzas en la conformación actual de nuestras ciudades y, particularmente de Buenos Aires.

Buenos Aires o la búsqueda por la integración.

Como se ha planteado anteriormente Buenos Aires, como ciudad de origen hispano fue, también, una ciudad misionera, integrada hacia el interior y con el convencimiento de que la realidad circundante se alzaba como amenazante para su seguridad. Esta idea llevaba a la intervención en ella, por un lado, pero también a la búsqueda del aislamiento por el otro, pasando según los tiempos de una acción a la otra sin ninguna clave que permitiera adivinar su accionar.

El ámbito que lo rodeaba era la cuna de los malones indios al comienzo, pero luego también el lugar de los fuera de la ley. Y sobre todo era el reino de la naturaleza, de la pampa eterna sin reglas ni límites, sin ningún ordenamiento donde establecer los valores de la nueva sociedad (Nouzeilles, 2003).

Con la federalización de Buenos Aires en 1880 todos estos conceptos de unidad y aislamiento cobraron aún más fuerza para reforzar la identidad de esta sociedad paradójica que necesitaba la creación de barreras para no confundirse con su entorno. En esta línea, al ceder la provincia de Buenos Aires en 1887 nuevos territorios para anexar a la ciudad federalizada, lo primero que se planteó fue la concreción de un camino de circunvalación (la actual General Paz) a la vez que un sistema de parques perimetrales que sirvieran de transición entre la ciudad y la provincia (Gorelik, 1998).

Semejante premura por marcar los límites no se relacionaba con necesidades de dividir poblaciones y jurisdicciones, toda vez que tanto de uno como del otro lado de la (futura) General Paz solo había terrenos abiertos. Para ese entonces la población urbana estaba concentrada en las inmediaciones del casco histórico, existiendo dentro del nuevo ejido urbano únicamente pequeños pueblos, como Belgrano o Flores, aislados entre sí.

Entonces, ¿por qué diagramar parques perimetrales donde aún no existía nadie para utilizarlos? Es aquí donde vemos nuevamente la antigua idea hispánica de temor a la naturaleza y al entorno amenazante. El parque sirve no sólo como espacio de transición sino como muestra de naturaleza domesticada. Allí hay verde pero también orden, y es además el lugar por excelencia de la integración social. Integración que desde siempre apareció como prioritaria dentro de la sociedad porteña.

Porque así tanto como buscaba diferenciarse de los alrededores, la cultura y la política porteña buscaban integrarse hacia adentro. Objetivo que se logró a partir de una serie de políticas, entre las que se cuenta el loteo y la planificación urbana, al extender por todo el nuevo mapa porteño la cuadrícula original. Así, al mismo tiempo que se promovía la construcción del Boulevard de Circunvalación se trazaba el conjunto de calles y de manzanas que algún día serían habitadas. En la mente de los planificadores, la igualación de los lotes – en pequeños tamaños- llevaría directamente a la atenuación de las diferencias sociales, acortando las desigualdades de clases. Además, sus calles rectas al infinito buscaban y lograban el triunfo de la modernidad “decimonónica” sobre el caos medieval. Y si bien este debate estaba más ubicado en Europa entre la París del barón de Haussmann y su impulso

demoledor y la vieja Roma, Buenos Aires rápidamente tomó partido por los aires renovadores y el ideal positivista del progreso.

En este sentido, como plantea Gorelik (1998) la intervención estatal a la hora de darle forma a la sociedad, en el caso de Buenos Aires, fue decisiva, siendo muy distinta a la experiencia de otras ciudades latinoamericanas –La Paz, Lima, Caracas, por ejemplo-, donde al crecer la población, el trazado urbano, sin planificación alguna, fue siguiendo las posibilidades y los caprichos de sus ocupantes para luego, tiempo después, ser integrado al mapa oficial. Esto dio paso a ciudades sumamente atomizadas y desintegradas, de grandes asimetrías entre los barrios pudientes y aquellos más marginales y donde se hizo notable y tradicional la diferenciación entre la ciudad “legal” y la “ilegal”.

Hay que decir que también el terreno, a diferencia de lo ocurrido en las ciudades anteriormente mencionadas donde la naturaleza accidentada favoreció la constitución de barreras entre sectores sociales, ayudo a facilitar la integración social porteña. Al no existir accidentes geográficos de importancia la propia fisonomía genera una igualación de hecho y da las condiciones para posibilitar una integración más racional del espacio.

En definitiva, la planificación estatal logró integrar a la población y además dio las bases para la creación del “espacio público” en los parques y las plazas, abriendo así el camino para la constitución de la ciudadanía. Separada de los territorios que lo rodeaban y, a la vez, protegida y diferenciada de ellos, Buenos Aires a través de la acción de sus planificadores se rindió al culto del progreso y la racionalidad y confeccionó en su interior un espacio integrado capaz de homogeneizar a su sociedad e integrar, en el caso de ser necesario, a aquellos que llegaran de más allá de su frontera. Como veremos más adelante, muchas de estas premisas también fueron buscadas por los planificadores de Brasilia, ya a mediados del siglo XX.

Brasilia; el pájaro y el desierto.

A diferencia de lo ocurrido en la América Hispánica, las ciudades portuguesas afincadas en Brasil tardaron mucho en convertirse en algo más que en simples centros administrativos. La idea de una sociedad homogénea capaz de llevar adelante la conquista, no significaba nada para los habitantes de las pequeñas urbes, más concentrados en el comercio y la búsqueda de riquezas.

En este contexto, la planificación urbana no tenía ningún peso. Las grandes ciudades (Río, San Pablo, Bahía) fueron creciendo sobre las laderas de los morros, complicando la integración social y generando un importante problema en el trazado urbano. Así si uno busca en un mapa el límite físico de Río de Janeiro se encuentra con que éste no existe. Las *favelas* y los barrios se alejan sin punto claro de diferenciación con los alrededores. No existe una Avenida General Paz que divida lo que es ciudad de lo que no. Esta división taxativa no tenía sentido dentro de la visión de ciudad factoría de los portugueses, que luego fue heredada por los brasileños. Sin ningún temor al entorno, sino más bien una búsqueda permanente de interacción con él, ya que de las zonas rurales provenían las riquezas y el discurso hegemónico del Brasil colonial, la ciudad no necesita barreras que impidieran el intercambio y el mestizaje. De hecho, con una población muy reducida como la existente en el Portugal del

siglo XVI y XVII, el mestizaje no sólo era apoyado sino que era, en sí mismo, la condición de posibilidad de permanencia del Imperio.

Frente a esta realidad de las ciudades nacidas durante la dominación portuguesa, la construcción de Brasilia buscó afirmar los nuevos valores de la nacionalidad autóctona y, por tanto, en franca confrontación con el ideal lusitano. La ubicación en sí en el centro del país, como ya explicamos anteriormente, es quizás el símbolo máximo de esta ruptura conceptual con el imaginario urbano colonial, pero no es el único.

Brasilia nace más cercana al ideario hispánico de la ciudad misionera. Su misión es la reivindicación del Brasil profundo, desde un lugar equidistante de las principales ciudades (Río, San Pablo) y de los extremos del país, pero también arrastra el objetivo de mostrar la nueva cara del Brasil industrial y moderno del “milagro” de la década del '60, con una sociedad integrada y sin diferenciaciones raciales ni sociales.

Para ello, los pensadores de Brasilia se concentraron en la delimitación clara de la estructura urbana con el fin de encontrar al interior de la capital un terreno fértil para la integración social. Visto desde arriba, en medio del desértico Planalto Central, Brasilia toma la forma de un pájaro con sus contornos claramente definidos, siendo las alas los espacios destinados para los edificios residenciales.

Partidas al medio por una “vía expresa”, cada una de estas alas contiene, tal cual la denomina Tarlei de Aragao, dieciséis supercuadras a cada lado de este eje vial principal, dando un total de treinta y dos por ala y sesenta y cuatro para toda la ciudad. El término de supercuadras usado por Aragao, tiene que ver con el extenso tamaño de las manzanas. Esto, contrariamente a lo que se pudiera pensar, no da lugar a grandes fincas, ya que el loteo mantuvo terrenos acordes con la idea de integración social. Sin embargo, genera para los habitantes de Brasilia grandes problemas a la hora del desplazamiento. La ciudad es, en sí misma, un espacio para los automóviles en desmedro del peatón. En cuanto al esparcimiento y los lugares públicos (plazas, parques), estos se ubican únicamente en el ángulo formado por las alas y el cuerpo del pájaro, muy alejados para la mayoría de los pobladores, por lo que nuevamente el automóvil se vuelve una necesidad.

Ahora, bien. Tanto la necesidad del automóvil como el loteo medido, dan cuenta de la idea de los planificadores de pensar a Brasilia como una ciudad de clase media. Es en ese sector social donde se intentó mostrar la nueva integración social del Brasil moderno. Un Brasil de clase media, algo que hasta ese momento no se había dado en el país.

En este sentido juega también la ubicación de los edificios gubernamentales – monumentales y grandilocuentes - en el cuerpo mismo del pájaro y su relación con el símbolo de la religiosidad, la catedral, que aparece como a un costado del eje central, representando el nuevo lugar que debería ocupar la religión en el nuevo Brasil desarrollista e integrado. Sin desaparecer, la Iglesia pasa a un segundo plano y se aleja del ámbito público – el eje central – para acercarse al ámbito privado, ubicado sobre los lados.

Sin embargo, pese a la búsqueda integracionista, el proyecto de Brasilia, no logró generar una identidad propia y homogénea para sus habitantes. A diferencia de la experiencia de Buenos Aires, donde la planificación estatal dio el marco para la generación de la ciudadanía y el espacio público en torno a las plazas, los creadores de Brasilia al elegir el modernismo y la monumentalidad

por sobre la escala humana, dejaron el individuo sin lugares posibles de sociabilización y creación de lazos identitarios. La plaza del barrio desaparece, para dejar lugar a los grandes parques que, si bien cumplen la función de recreación, no logran sentar las bases para la interrelación entre los vecinos.

Así, la nueva ciudad, gigante, trascendente, se convierte para los habitantes en un no-lugar o al menos un lugar de paso, donde la identidad se mantiene siempre en el lugar de origen, tanto propio, como familiar (bahianos, cariocas, paulistas, etc.). El mismo ritmo político impreso a la ciudad como sede del gobierno le da a la urbe la idea de temporalidad. Todos pasan y nadie es particularmente de ahí.

Incluso el cementerio, como plantea Tarlei de Aragao, ideado como el lugar final de la utopía concretada de la no-diferencia, con sus cruces iguales al estilo de los camposantos militares, no hace más que resaltar esta idea de escenografía sin vida que sobrevuela la ciudad, a diferencia de lo que ocurre en las ciudades satélites a Brasilia, algunas preexistentes a ella, algunas no, donde la falta de proyecto las ha dotado de identidad. En definitiva, será quizás justamente por el quiebre con la tradición lusitana, que es el acervo cultural sobre la que se ha formado la identidad brasileña, que Brasilia sea hoy la definición más clara del no-lugar: un lugar donde siempre se está de paso.

Conclusiones

Si bien nacidas en momentos históricos muy disímiles las capitales de Argentina y Brasil contaron en sus orígenes, a diferencia de lo ocurrido en la mayoría de las ciudades del mundo, con una férrea planificación estatal sobre como se constituiría el tejido urbano. Así Buenos Aires, tras la federalización de 1880 y la sesión de territorios por parte de la Provincia de 1887 diseñó, loteó y creó parques y calles para un espacio que tardaría más de medio siglo en ser habitado; mientras que Brasilia, por su parte, dibujo sobre el mapa la totalidad de su ejido urbano mucho antes que una sola persona pensara en vivir en las inhóspitas tierras del Planalto.

En ambos casos los planificadores tuvieron tras de sí una misión, que fue crear, con el mapa como herramienta principal, sociedades integradas, capaces de conducir profundos cambios, políticos, sociales y culturales, sobre el conjunto de sus países, siendo tanto para Buenos Aires como para Brasilia los ideales positivistas de orden y progreso los faros con los cuales avanzar.

Pese a estas coincidencias, a grandes rasgos se puede decir que mientras la experiencia porteña fue positiva y finalmente Buenos Aires logró edificar una sociedad integrada y homogénea con una identidad común, el intento brasileño no logró el éxito esperado. ¿Por qué?

Tras el análisis realizado a lo largo del trabajo creemos que la respuesta se encuentra en las profundas diferencias nacidas de los disímiles modelos de colonización producidos por el imperio español, por un lado, y por el imperio portugués, por el otro, y cómo estos se expresaron a nivel urbano.

Desde su nacimiento, las ciudades americanas de origen español tuvieron como finalidad la propagación de la ideología del imperio, principalmente vinculada a la fe cristiana y a la lealtad al rey. Esta propagación tenía que ver con la incorporación y el sometimiento de las poblaciones indígenas a la

estructura cultural y económica del imperio español, quien buscaba un total dominio de sus colonias, confiando en las ciudades y sus poblaciones, para llevar a cabo esa tarea.

En definitiva, el materialismo del imperio español en la inmensidad de las Américas estaba representado por su red de ciudades, que albergaban en su interior sociedades de pobladores hispanos profundamente unidos entre sí, tanto por su fe, como por el temor al entorno.

Por su parte, las ciudades lusitanas en América, lejos estaban de convertirse en algo más que cabezas de playa desde donde los portugueses podían enviar los productos extraídos del Brasil hacia Europa. Ni la misión religiosa, ni la cultural aparecían *a priori* como una preocupación de los lusitanos más interesados en comerciar que en colonizar. Es cierto, también que los indígenas del Brasil no se acercaban ni en poderío, ni en desarrollo, con los encontrados por los españoles, por ejemplo en Perú o México, y por tanto no hubo necesidad de imponer una civilización por sobre otra para lograr su sometimiento, sino que simplemente el uso de la fuerza, o en algunos casos, la negociación, fueron suficientes para sojuzgar a los nativos.

Por ello, también, las ciudades portuguesas en América no tenían razón para temer a su entorno, siendo su principal preocupación la defensa frente a otras potencias extranjeras (holandeses, franceses) antes que frente a los indígenas. Incluso, el mestizaje, como ya se ha mencionado, era fomentado en vistas de la imposibilidad de Portugal de mantener su imperio sin nuevos brazos que se sumaran a su pequeña población.

En definitiva, entonces, vemos que mientras las ciudades hispánicas tenían como mandato y como tarea la construcción y el mantenimiento de sociedades integradas, capaces de guiar y expandir procesos de cambios, las ciudades lusitanas sólo cumplían una función meramente comercial y administrativa.

Tomando en cuenta esto, justamente, podemos decir entonces que Buenos Aires, ya independiente, no hizo más que continuar con la tradición española que es, en gran medida, el acerbo cultural sobre el que se construyó la identidad cultural del país. Los porteños sumaron a ello algunos nuevos conceptos nacidos en Francia, sobre todo a nivel urbanístico en relación al trazado de las avenidas, y realizaron una planificación cuya finalidad fue lograr, luego de establecer límites muy claros entre lo que era ciudad y lo que no, una sociedad identitaria y culturalmente integrada con el fin principal y casi excluyente de evitar la conflictividad y el caos.

De esta forma, a diferencia de lo ocurrido con muchas otras ciudades hispanas, como México, Lima o Caracas, que tras la independencia dejaron de lado la idea de ciudad homogénea española, para dar paso a la “ciudad legal” y la “ciudad ilegal”, Buenos Aires, tras los cambios políticos necesarios, retomó esa tradición.

En Brasilia, por su parte, la idea creada en el plano de un núcleo de dirigentes miró más al futuro que al pasado. Intentando crear la ciudad del desarrollo, olvidaron la historia y por tanto la tradición cultural del Brasil. Si bien es cierto que la idea de mudar la capital al interior era un viejo anhelo, esta estaba más vinculada a instalarla sobre una ciudad existente, como Belo Horizonte, por ejemplo, antes que crear una nueva ciudad.

Esta nueva utopía, planteada por el presidente desarrollista Juscelino Kubitschek y desarrollado por el urbanista Lucio Costa y el arquitecto Oscar Niemeyer, buscó dotar a la ciudad de una misión: ser en si misma el reflejo del nuevo Brasil y de la futura sociedad, sin pensar realmente sobre las bases culturales sobre la cual edificarla. Faltó la mirada en torno al factor humano y quizás la experiencia cotidiana que por tradición tenían los planificadores porteños. La ausencia de lugares de sociabilización, de plazas y de historias comunes sobre las cuales asentar una identidad llevaron al fracaso, en tanto modelo de sociedad, de Brasilia. Probablemente la idea de igualación y homogeneización latente en el modelo urbano hispánico y ausente en el proyecto lusitano, también hayan jugado su rol en la suerte de Brasilia.

En síntesis, el logro de Buenos Aires como creador de una sociedad más integrada y con una identidad propia y el fracaso de Brasilia, tiene claramente sus raíces en la historia. Para los brasileños, la ruptura de la tradicional ciudad colonial provocó un salto que no logró plasmarse a nivel social, mientras que los porteños tuvieron nada más que trabajar sobre lo que su pasado les había enseñado.

Bibliografía

- Beck, U. (1998) Qué es la globalización, (Barcelona, Paidós)
- Carvalho, J.M. (1997) La Formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil, (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes)
- Fausto, B. (1995) Brasil, de colonia a democracia, (Madrid, Alianza).
- Gorelik, A. La grilla y el parque, (Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes)
- Nouzeilles, Gabriela (2003) La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina (Buenos Aires, Paidós)
- Pousadela, I. (2001) “La globalización y las transformaciones en el capitalismo contemporáneo”, en Revista Res Pública, año I, número I, Buenos Aires, Noviembre
- Romero, L. A. (2001) “Latinoamérica – Las ciudades y las ideas” (Buenos Aires, Siglo XXI)
- Tarlei de Aragao, L. Brasilia. Utopía en los trópicos y metáfora de una nación (Utopías).